



La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan, George Steiner, Madrid, Siruela, 2012, 232 pp.

Es difícil que un libro de George Steiner deje indiferentes a sus lectores. Ni a sus admiradores, ni a sus detractores. A los primeros porque reconocerán en cualquiera de sus volúmenes el brío de una prosa asertiva, la extraordinaria y aguda capacidad de síntesis capaz de concentrar en la brevedad de una frase aforística conocimientos enciclopédicos, el gusto por un canon literario y filosófico (su fidelidad a ese “pensamiento filosófico soberano”, a esa “poesía soberana”) en torno al cual afirmar algunas de las certezas (aunque a veces adopten el sibilino aspecto de dudas) que han fundado desde siempre el pensamiento de Occidente.

A los segundos, porque encontrarán su manera de pensar demasiado anclada en parámetros de *dureza* que no parecen ser de recibo en estos tiempos en que todo tiende a ser *débil* (¿flácido?), declararán políticamente incorrecta su nada oculta fidelidad a un eurocentrismo que algunos quieren ver de capa caída en los tiempos que corren, o encontrarán, en pocas palabras, sus ideas demasiado tributarias de esa “incandescencia de la creatividad intelectual y poética” que para Steiner define la centralidad del pensamiento y que se trata, a cualquier precio (y alguno puede acabar revelándose bien caro) y desde determinados ámbitos académicos, de poner en duda.

La poesía del pensamiento excava vetas nuevas en el mismo territorio conceptual que toda la obra anterior de su autor. Abrir, desarrollar y pulir estas nuevas aristas le obliga a adoptar un sesgo que es, precisamente, el que le confiere su atractivo de partida. Tres breves citas colocadas al inicio del volumen acotan el territorio de caza y resumen el objetivo. Donde Alain sostiene que “todo pensamiento empieza por un poema”, Jean-Paul Sartre añade que “hay siempre en la filosofía una prosa literaria oculta” y Louis Althusser apostilla que “en filosofía no se piensa más que con metáforas”. De lo que se trata, ahí es nada, es nada más y nada menos que preguntarse acerca de cuánto del alcance de nuestros grandes textos filosóficos depende del estilo literario en el que han sido forjados, hasta qué punto las dimensiones cognitivas, hermenéuticas y epistemológicas de la gran filosofía (desde los presocráticos hasta Wittgenstein) están condicionadas por las convenciones estilísticas que les han dado forma. Para ello Steiner dibujará una línea de continuidad en el pensamiento que nos va a llevar desde el Mediterráneo del siglo V a. C. hasta nuestros días, desde Heráclito hasta Heidegger.

Si dejamos de lado las especulaciones acerca de la música (que para ser realmente profundas requerirían que se entrase en esa harina técnica cuya falta suele dejar en agua de borrajas buen número de afirmaciones) o las matemáticas (fascinante reino de la tautología), el acercamiento de Steiner al tema es, y nadie puede sorprenderse por ello, el de un logócrata, el de alguien para el que fuera del *Logos* no hay salud posible. Precisamente de esa elección extrae el texto que comentamos buena parte de sus puntos fuertes. Su decidida opción por esta posición permite, precisamente, a Steiner entregarse a una fascinante explo-

ración de la noción de fragmento (o en otro orden de cosas sus incursiones en el “formato del diálogo”). Exploración que se lleva a cabo tratando, por ejemplo, la “estética del fragmento” desde posiciones radicalmente alejadas de las de ese pensamiento débil que ha hecho, tantas veces, de este concepto un trampolín para todo tipo de derivas deconstructivas. En su análisis de la “economía oracular”, lo que Steiner denomina “lo oscuro de muchos de estos vestigios” no necesita negar lo críptico de los mismos para poder afirmar una potencialidad heurística (véase su reflexión acerca del “drama cósmico” en Heráclito) que vinculará, justamente, con su dimensión literaria.

No menos esclarecedoras son las páginas que se dedican a iluminar la extraordinaria dimensión literaria de un autor como Karl Marx, “maestro del epigrama”, gestor del *pathos* social que no desmerece junto a gigantes como Victor Hugo o Charles Dickens, genial frecuentador de “las artes del escarnio erudito”. Por eso la obra de Marx puede equipararse (y la comparación parece justa) con la de Homero, en la medida en que edifica “una epopeya del pensamiento, una *Odisea* salida de la oscuridad rumbo a las lejanas costas de la justicia y la felicidad humana”. De la misma manera, ¿existe en la literatura ensayística reciente una evaluación más consistente que la que Steiner propone acerca del genio literario de Sigmund Freud? Tras denegar al psicoanálisis cualquier capacidad tanto terapéutica como científica (y habría mucho que decir sobre estas afirmaciones) Steiner nos recordará que el Freud que ambicionaba recibir el Premio Nobel de medicina acabó obteniendo el Goethe de literatura y que este “artista del pensamiento” (en palabras de Thomas Mann) ha marcado a fuego con su obra toda la creación posterior a la misma.

Junto a lo anterior Steiner despliega un talento evidente para recolocar piezas de la historia del pensamiento occidental en una nueva perspectiva: baste pensar en las páginas dedicadas a un Abelardo que es rescatado desde las bambalinas para ser colocado en el proscenio y escrutado bajo los focos de la escena. En el mismo saco hay que meter sus páginas sobre Lucrecio, tratado como un autor en el que las “enseñanzas morales, científicas o políticas no son menos pregnantes que su inspirada puesta en escena poética”. O para poner en relación un pensador con una serie de autores: así Hegel es discutido haciéndole dialogar (la lista no es completa) con Sófocles, Hölderlin, Brecht,

Strindberg, Genet o Beckett. No menos evidente es su talento epigramático (Steiner, no nos equivoquemos, es un escritor, no alguien que escribe, por utilizar la dicotomía planteada por Roland Barthes) de un autor capaz de hallazgos tales como ese fugaz destello (al que no le viene grande la expresión de deslumbrante) en el que se convierte el “non de non” cantado por la gran Edith Piaf en un resumen del final de la *Fenomenología* de Hegel.

Pero también puede pensarse que en esa manera de ver las cosas, en esa limitación de la noción de lenguaje al campo estricto de las lenguas naturales, residen algunos problemas que conviene elucidar. Algunos son evidentes: la limitación del autor a un grupo de lenguas (griego clásico, latín, francés, inglés, italiano y alemán) al tiempo que se hace tabla rasa de cualquier producción en lengua castellana con la excepción de un Borges (¿leído en inglés?) cuya sensibilidad es calificada de “eminentemente filosófica”. Cabe preguntarse si podrían merecer una consideración similar alguno de los grandes textos de, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez (pienso en *Espacio y Tiempo*, sin ir más lejos). O si hubiera tenido sentido en un volumen en el que comparecen algunas figuras marginales de la filosofía del siglo XX (Santayana sería un ejemplo curioso por tratarse de un autor español de nacimiento y expresión inglesa), incluir a un Ortega y Gasset que algo sensato dijo sobre uno de los fenómenos centrales de nuestra época: la emergencia de las masas. Tampoco parece demasiada afinada la manera en que se utiliza la poesía de Paul Celan (por cierto, dejando de lado todo el trabajo de autores tan significativos en este complejo campo como Gadamer o Jean Bollack) centrándose en ese encuentro con Heidegger cuya mayor virtualidad tiene que ver con que prácticamente nada ha podido saberse de él.

Más importantes son los que tienen que ver con alguna de las afirmaciones sustanciales que sostienen el edificio conceptual de un volumen que evita cualquier nota al pie en la medida en que se presenta como un ejercicio síntesis en el que el pensamiento del autor que firma no es sino el avatar final de una larga cadena. Porque afirmar que “la filosofía y la literatura ocupan el mismo espacio generativo”, que sus “medios performativos son idénticos”, sin dejar de ser cierto, no resuelve un problema que subyace a todo el volumen y que emerge de manera puntual, como de pasada, en determinados momentos. Este privilegio acordado

a la lengua (hablada o escrita) como vehículo “natural” del pensamiento es, probablemente, insuficiente a la hora de pensar el conjunto de formas a través de las que el pensamiento se hace patente en el mundo. Hace tiempo que la semántica estructural, en la más directa tradición de Saussure y Hjelmslev, señaló que los lenguajes (y las lenguas naturales no son sino una clase de los mismos, lo que algunos llamamos “mundo natural” es un lenguaje) están compuestos por estructuras biplanas (expresión y contenido). Postular que la forma del contenido se organiza siempre de la misma manera –en forma de recorrido generativo– cualquiera que sea la materia expresiva en la que se exprese, permite poner entre paréntesis el logocentrismo explícito en los acercamientos tradicionales al estudio del pensamiento sin por ello negar la importancia que tiene el explorar de forma adecuada las constricciones que a su encarnación plantea la materia en la que aquel puede acabar manifestándose. Por eso las “formas que piensan” (en la bella fórmula acuñada por Jean-Luc Godard) no son privativas de las lenguas naturales sino que forman parte del arsenal significativo de cualquier lenguaje (incluidos, por supuesto, los visuales). Por eso, también, parece insuficiente, a estas alturas del siglo XXI, dedicar dos o tres rápidos párrafos al hecho de que la centralidad del *logos* está en crisis. De manera un tanto coqueta, Steiner no deja de señalar que tanto el vocabulario como la gramática del “librito” que el lector tiene entre sus manos son ya arcaicos. Pero incluso aunque está dispuesto a reconocer que hoy en día ya se inscriben declaraciones filosóficas en cuadros (con referencia un tanto peliaguda a Anselm Kiefer) y que las nuevas tecnologías merecen una atención en tanto en cuanto están transformando nuestra manera de percibir el mundo (y la percepción es ya un lenguaje en la medida en que las figuras que forman el plano del contenido del

mundo captado y las de las lenguas naturales son las mismas), no encontraremos en sus páginas la menor alusión a los lenguajes visuales que de manera tan poderosa han contribuido a formar el imaginario del hombre del siglo XX (baste pensar en la fotografía, el cine o la televisión, para no hablar de Internet). Para poner un ejemplo que tiene que ver con un tema caro a Steiner: es justo sostener que nuestra sensibilidad acerca de la Shoá está modelada por las obras (literarias) de autores como Primo Levi, Robert Antelme o Paul Celan. Pero, ¿es razonable cerrar los ojos ante el hecho de que una de las obras decisivas sobre ese acontecimiento que antes llamábamos “Holocausto” y que ahora llamamos “Shoá” no es un texto literario, sino un objeto audiovisual, un film realizado por Claude Lanzmann y titulado, precisamente, *Shoah*?

Ahora es el momento de decirlo: *La poesía del pensamiento* es un libro espléndido. Tiene, además, la virtud de reclamar la existencia (virtualmente contenida en sus páginas) de un nuevo volumen que debe completarlo. ¿Es poco razonable sugerir la necesidad de un trabajo que explore la manera en la que el arte (no sólo la literatura) ha producido, de múltiples y variadas maneras, pensamiento de corte filosófico? Steiner ha trufado su libro de referencias a grandes escritores (poetas, dramaturgos, novelistas) que apuntan en esa dirección: de Hölderlin a Brecht, de Wallace Stevens a T. S. Eliot, de Goethe a Celan, de Beckett a Bernhard, de Mallarmé a René Char. No son los únicos autores en los que la escritura (o la pintura, la música, el cine) se tiñe con los colores de la filosofía. Un nuevo libro está por escribir. Pero al menos tenemos ya su título: *El pensamiento de la poesía*.

Santos Zunzunegui